

## “EL JORDÁN, RÍO SAGRADO Y MALDITO”

### El conflicto por el agua entre Palestina e Israel

#### ***El control de los recursos hídricos, clave del conflicto***

Texto: Marisancho Menjón

Empecemos crudamente, acudiendo a las cifras. Es una extraña manera de presentar un tema, pero en este caso es la más ilustrativa porque, por utilizar el tópico, las cifras “cantan”:

—La población palestina, en los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza, dispone de unos 60 litros de agua por persona y día para su consumo doméstico e industrial. Es una de las cifras más bajas del mundo, muy por debajo del que se considera umbral de escasez absoluta según la OMS (100 litros). En algunas zonas, esa cifra baja hasta los 35 e incluso, en determinadas circunstancias, hasta los 7 litros por persona y día.

—Los israelíes, para esos mismos usos, disponen de 330 litros por persona y día, y los colonos multiplican por siete la tasa media de consumo palestino.

El control de los recursos hídricos ha sido tradicionalmente uno de los temas clave del conflicto árabe-israelí. De hecho, en las sucesivas tentativas de negociación habidas, el tema del agua ha sido uno de los más difíciles, y los acuerdos internacionales o bien no se han cumplido o bien han quedado “por completar”.

Israel aduce razones de tipo histórico para haber elegido el territorio palestino como lugar donde crear su Estado: para los hebreos es la “Tierra Prometida”. No hay que olvidar que Palestina tiene un gran valor simbólico para las religiones cristiana, musulmana y judía. Sin embargo, más allá de argumentos históricos y de identidad, lo que bloquea el camino de la paz y la convivencia en la zona son intereses y juegos de poder a menudo ligados al control de los recursos hídricos.

Los Altos del Golán son estratégicos por motivos militares y de seguridad, pero sobre todo porque en esa zona se encuentra el acuífero y los manantiales que alimentan el Alto Jordán y el Mar de Galilea (también llamado Lago Tiberíades). Israel se apropia la mayor parte de esos caudales para llevarlos, a través del llamado “National Water Carrier” hacia las ciudades y puntos neurálgicos del litoral mediterráneo, a los grandes asentamientos de colonos y finalmente al Desierto del Neguev, donde se han transformado enormes extensiones en regadío para cultivar productos extensivos para la exportación, como el algodón.

De esta forma, el Jordán Medio, haciendo frontera entre Jordania y la ocupada Cisjordania, queda sin más caudal que el que producen los vertidos cloacales y los retornos agrarios, hasta recibir los aportes del Yarmuk, desde Siria. A pesar de no ser más que un pequeño río salobre y contaminado, los palestinos tienen vedado el acceso a sus caudales. Los palestinos sufren graves enfermedades y quebrantos por falta de agua para cubrir las necesidades más básicas, mientras florece el algodón en el desierto del Neguev.

Todo nuevo colono que llega a instalarse en Israel tiene garantizado el acceso al agua, a unos precios, además, mucho más baratos que los que rigen para la población palestina. La distribución de agua en los territorios ocupados se realiza a través de las empresas israelíes Mekorot y Tahal, que, además de cobrar elevadas tarifas, no garantizan una distribución estable.

Más allá del veto sobre las aguas del Jordán, los palestinos tienen muy limitado, y con frecuencia prohibido, el acceso a las aguas subterráneas del acuífero cisjordano que se conoce como el Acuífero Montaña (que Israel explota en algo más del 82%). En Gaza, la intensa sobreexplotación del Acuífero Costero está llevando a un acelerado proceso de salinización, por intrusión marina, que se complica con la contaminación por aguas cloacales.

La situación es límite en algunas zonas, y los problemas se han agudizado desde que en 2002 se inició la construcción del "muro de separación" entre Israel y Cisjordania. Ese muro ha aislado a la población palestina de sus fuentes de agua y, a menudo, de sus tierras de cultivo. También se han destruido o bloqueado numerosas conducciones de agua, todo lo cual deja a cientos de miles de personas en una situación humanitaria crítica. Según datos de la ONU, el 67% de las aguas de las que se abastece Israel provienen de territorios fuera de las fronteras que se establecieron en 1948.

Israel, como potencia ocupante, tiene la responsabilidad directa sobre la situación de la población que vive en estos territorios. Está incumpliendo las leyes internacionales sobre este punto y sobre todo lo relativo a aguas internacionales. Algunos analistas sostienen que, sabedores de que no van a poder mantener esta situación mucho tiempo, los israelíes están tensando al máximo los límites de su posición de fuerza.

Una solución ha de llegar. La gravedad de la situación y la extensión del conflicto a nivel internacional demuestran que no existe salida desde la lógica de la guerra, que es la que hasta la fecha han respaldado las grandes potencias, con EEUU a la cabeza. El sistemático incumplimiento de la legalidad internacional ha degradado el prestigio de Naciones Unidas y la credibilidad de lo que se conoce como "comunidad internacional". Tarde o temprano se habrán de imponer el diálogo y la negociación. Una negociación en la que serán claves tanto el reparto equitativo de los recursos hídricos disponibles como la gestión sostenible de los ecosistemas de la cuenca del Jordán.

